

EPULON EN EL INFIERNO

En esta mansión de horror
Y de sempiterno llanto,
Es inmenso mi quebranto,
Es inmenso mi dolor.

¡Ay de mí, que atormentado
Con suplicios infinitos,
Aquí pago mis delitos,
Entre llamas sepultado!

Soy aquel rico glotón
Que viví cual fiera hiena,
Y que a la miseria ajena
Cerré siempre el corazón.

Yo que en el mundo viviendo
De mi deber olvidado,
Saltaba precipitado
Tras de los vicios corriendo.

En banquetes temulentos
Dado a deleites brutales,
Y a las torpezas carnales
Consagraba los momentos.

Mi descaró e insolencia
Cerró siempre los oídos
A avisos muy repetidos
Que me daba la conciencia.

Y era tanta mi dureza,
Que al pobre en su desventura
Insulté con saña dura,
Me reí de su pobreza.

Aquel triste desvalido
Lázaro infeliz un día
Limosna a mí me pedía
Muy postrado y abatido.

Decía con tierno acento:
Ten de mí, Epulón, piedad,
Mira mi mendicidad,
Alárgame algún sustento.

Yo que regaladamente
Estaba entonces comiendo,
Asco de Lázaro haciendo,
Le respondí bruscamente:

¿A dónde vas, andrajoso?
Mucho atrevimiento tienes;
Mi placer a turbar vienes
Con tu semblante asqueroso.

Vete, apártate de aquí,
Que aunque deploras tu suerte
Casi en brazos de la muerte,
Nada alcanzarás de mí.

Y Lázaro sollozó:
Viendo el duro pecho mío;
Epulón, dijo, se pío
Por el Dios que nos crió.

Una migaja siquiera,
O rico, para aliviarme
A lo menos puedes darme
Lo que tu perro no quiera.

Yo a Lázaro repliqué:
Aparta, mendigo insano;
Que solloces es en vano,
Para que limosna de.

Qué, ¿por fin tú te decides
Por Dios limosna a clamar?
¿Y así piensas alcanzar
De mí, que por Dios la pides?

Yo del mundo entre caricias
Vivo, y otro Dios no quiero,
Que mi vientre que venero
Con regalos, con delicias.

Dije la vista apartando
De Lázaro mendigante,
Quien se retiro al instante
Triste y a mares llorando.

Mas ¡ay! que aquí la medida
De mis crímenes se llena;
Luego la hora fatal suena
De mi última partida.

¡Ay de mí triste Epulón!
Dejé aquel breve contento,
Salí del mundo al momento
A eterna condenación.
Al mismo tiempo murió
Aquel Lázaro andrajoso,
Y para el eterno gozo
Del breve penar partió.

La mayor felicidad
Ha de ser su recompensa;
Para mí una pena inmensa
Por toda la eternidad.

Desde aquí en mi grande afán,
Para desdicha mayor,
Se me permitió ¡oh dolor!
Verle en el seno de Abraham,
Mientras que alegre esperaba
De Cristo el advenimiento,
Para ir a aquel contento
Y gran bien que nunca acaba.

Lázaro, al punto exclamé,
Mira mi cuidado anhelo;
Dame, dame algún consuelo,
Aunque yo te lo negué.

Dame ¡ay! algún lenitivo,
Socorro, algún refrigerio;
Mírame en tanto impropio
Y estado tan aflitivo.

Y una voz me respondió:

Epulón, en vano clamas;
Pues ninguno en estas llamas
Jamás consuelo alcanzó.

Tú en el mundo fuiste rico,
De tu riqueza abusaste,
Y así al fin te condenaste
Por tu proceder inico.

Dos sendas hay, y se ofrecen,
Para que elija el mortal,
Estas son el bien y el mal:
Por el mal todos perecen.

El mal camino elegiste,
Tu perdición tu buscaste;
Cuando en el mundo moraste,
Ya el galardón recibiste.

¿No tuviste libertad
Como cualquier otro hermano?
Pues ¿por qué corriste ufano
En pos de la iniquidad?:

Para tu mayor desdoro
Despreciaste, hombre perverso,
Al que crió el universo;
Sólo amaste tu tesoro.

Necio, ser un Dios creías,
Tú la moral insultabas,
Y sin freno tripudiabas,
Y al mendigo escarneabas.

Con un proceder tan ruín,
Todo mortal que así vive,
Epulón, no, no consigues
Otra cosa que un mal fin.

¡Ojalá que escarmentaran
Con tu ejemplo los mortales,
Y esas sendas infernales
Con todo esfuerzo evitaran!

Así se expresó la voz,
La visión desaparece,
Contra mí se encrudelece
Un remordimiento atroz.

El *siempre* me representa
El bien que dejé de hacer;
Y por mi mal proceder,
Mas me angustia y me atormenta.

Un eco triste ¡infeliz!
Dice, *pudiste salvarte,*
Preferiste condenarte
Con tu culpable deslíz.

¡Oh! ¡que azarosa memoria,
Que por un breve placer
Haya venido a perder
Una eternidad de Gloria!

¿Por qué me dejé engañar
En mi loco frenesí?
No he conseguido ¡ay de mí!
Sino un amargo penar.

Despechado, ardiente clama
El hermano aquí rabiando,
A su hermano improperando,
Y cual toro herido brama.

Se ven que encrudelecidos
Los amigos se maldicen,
Mil improperios se dicen
De furor, de rabia henchidos.
Se oye aquí horrible voceo;
Se ven escenas atroces,
Acciones las más feroces,
Todo es triste clamoreo.

¿Y acaso no habrá algún medio
De tantas penas salir?

No: por *siempre* he de gemir
Sin alivio, sin remedio.

Se abrasa mi corazón
De llamas en un diluvio:
Soy un Etna, soy un Vesubio,
Todo desesperación.

Tempestuoso mar de ardores
Es esta mansión horrenda,
Do siento pena tremenda,
Los más terribles dolores.

Clamo, grito, en vano ruego,
Sin alivio estoy sediente;
Soy más que una pira ardiente,
Todo un ascua, todo fuego.

Y en tan horrible penar,
Aun exceden mis penas
Al sin número de arenas
De playa y fondo del mar.

Y este mi fiero tormento
Siempre, siempre durará.
Jamás, jamás cesará.

Ni por un solo momento.

Inútil aquí el llorar,
Pues que nada hay de terneza;
Crueldad todo es, dureza,
Y penar y más penar.

¡Cuántos, ay, aquí se ven
De rabia llenos y de ira,
Y el uno al otro se mira
Con el más brutal desdén!

¡Oh! ¡y qué horribles visiones!
¡Ay qué gritos espantosos,
Plañidos muy dolorosos,
Y crujidos de prisiones!

El padre al hijo impropia;
El hijo maldice al padre;
La hija a su propia madre
Con terrible saña fiera.

La esposa contra el marido
Maldiciones mil vomita;
Contra la esposa este grita;
Con foribundo alarido
¿Por *siempre*? ¿nunca piedad
Habrà para un condenado?

¿He de sufrir malhadado
Por toda una eternidad?
Sí, por *siempre* eternamente;
Sí, sí, sin ningún consuelo,
Eterno será mi duelo,
Atormentado cruelmente.

¡Si la excelsa Omnipotencia
Me permitiera algún día
Volver al mundo! yo haría
Rigurosa penitencia.

Llevaría muy gustosos
Cuantas penas padecieron
Los mártires, que sufrieron
Suplicio el más horroroso.

Yo cargado de cadenas,
Yo vestido de cilicio,
De mí haría un sacrificio,
Abriendo todas mis venas.

¡Si pudiera aprovecharme!
¡Si algún tiempo se me diera!
¡Cuánto, cuánto bien hiciera,
O cielos, para salvarme!

Mas son vanos mis gemidos,
Pues los que están en infierno
Sufrirán tormento eterno,
Y *jamás* serán oídos.

¡Oh tú, eternidd terrible!
Tu sola memoria espanta,
Sí, me angustia y me quebranta
En situación tan horrible.

¿Quién eres? Yo aquí me pierdo...
Tu *siempre*, tu *siempre* ¡ay triste!
En mi mente fijo existe;
Tu *jamás* siempre recuerdo.

¿*Nunca*, *nunca* finirás?
¿*Siempre*, *siempre* has de durar?
¡Qué! ¿*nunca* te has de acabar?
No: ¡*jamás*, *jamás*, *jamás*!

DECIMAS PARA DESPERTAR AL PECADOR

Piensa bien que has de morir,
Piensa que hay gloria e infierno,
Bien y mal, y todo eterno,
Y que a juicio has de venir:
Ponte luego a discurrir
Tu vida y modo de obrar,
Y que ahora sin pensar,
Si te diese un accidente,
Y murieses de repente...
¿Dónde irías a parar?

Medita lo que te digo,
Trata de enmedarle fiel,
Mira que aun este papel
Será contra tí testigo:
A que no olvides, te obligo,
Muerte, juicio, infierno y gloria;
Deja toda vana gloria;
Y con cristiano talento,
No hagas loco pensamiento
De una tan cuerda memoria.

El tener, has presumido,
En la postrera ocasión
Un dolor de contricción...
Muy pocos lo han conseguido:

Y aunque algunos le han tenido,
¿Quién, di, tan loco será,
Que en tal riesgo se pondrá,
Y cosa tan importante
Dejará para un instante,
Que no hay otro, si se va?

Si de una gran cantidad
Con cuenta errada te hallarás,
¿Para ajustarla aguardaras
A estar con enfermedad?
Pues ¿cómo tu voluntad
Mal entendida no advierte,
Y de un negocio tan fuerte,
Que te importa eterna vida,
Quieres la mayor partida
Dejarla para la muerte?

Cierto no puedes saber
Lo que es del mundo salir,
Harto harás en resistir,
Sin que tengas más que hacer;
En un momento has de ver,
En un libro de verdad,
Escrita tu corta edad
Entre una y otra congoja,
Donde al volver una hoja,
Verás una eternidad.

El tacto, gusto, oído,
Olfato, vista y conciencia
Llevan (entre la dolencia)
Su ejercicio confundido:
Inobediente el sentido,
Torpe le hallarás y vano;
Pues ¿cómo quieres, cristiano,
Estando en la enfermedad,
Mover a la voluntad,
Si no puedes una mano?

Dime, ¿qué importa te den
El Sacramento y la Unción,
Y que hagas tu confesión,
Si no te confiensas bien?
¿Cuántos serán los que estén,
Con tus mismos pensamientos,
En los eternos tormentos?
¿Cuántos, cuántos habrán sido
Los que al infierno habrán ido
Con todos los Sacramentos?...

Aprisa no se han de hacer
Cosas que importantes son:
Y una buena confesión
Tiempo, ha menester.
Sobrado tendrás que hacer,
Cuando enfermo hayas caído,
En cuidar de tu sentido:
Sin que más vivo tu amor,
Ande a buscar un dolor,
Que en su vida no ha tenido.
¿Qué loco engaño recibes,
Cuando mucha vida quieres,
En el tiempo que te mueres,
Aún muriendo lo que vives!

En tal ocasión no estribes;
Considera el mal que obraste,
Y pues sin susto pecaste,
A Dios dale sin zozobra,
Contra un olvido que sobra,
Una memoria que baste.

Si en la hora de la muerte,
Aún sin pecado mortal,
Lo que divierte hace mal,
No más de porque divierte:
¿Cómo, cuando el daño es fuerte,
Has de buscar la virtud?
¿Cómo podrá tu inquietud,
Desasosiego y violencia,
Arreglar una conciencia,
Que no pudo en la salud?...

Ofender a Dios viviendo,
Y morir a Dios amando,
Engaño... pues que aguardando
Está en juicio muy tremendo.
¿Cómo no vas advirtiendo,
Que sobre nunca quererle,
 Toda una vida ofenderle,
Y un solo instante buscarle,
Mas que en su bondad amarle,
Será en tu riesgo perderle?

Aquel que llegó a vivir,
Como si piedad no hubiera,
Jamás la justicia espera,
Cuando se debe morir:
No hay aquí que discurrir,
Porque, a la verdad, entiendo,
Que aquel que temió viviendo,
Ha de morir confiando:
Y ha de morir recelando
El que vivió no temiendo.

Tus culpas se han de saber,
No las quieras encubrir;
O tú las has de decir,
O en público se han de leer:
Si se leen, ha de ser,
Viendo a tus pies el averno
Para tu castigo eterno.
Pues ¿no es mejor con victoria
Decirlas para la gloria,
Que oírlas para el infierno?

La justicia y la razón,
Según fuere tu conciencia,
Han de fallar la sentencia,
De que no hay apelación:
Eterna condenación
Sufrirás por tu pecado:
Hombre que estás bautizado,

Te pido por el Señor,
Que medites con temor
En tu venidero estado.

Fácil se cree un dolor,
Propósito y confesarse,
Y luego al punto pasarse
Desde un olvido a un amor:
No es fácil que aunque el favor
De la gracia es tan valiente,
Aun está de tí pendiente;
Mira que es necia ignorancia,
Cosa de tanta importancia
Fiarla en un accidente.

Una sentencia, una muerte
Habrás sólo; el juez es Dios;
Si los fallos fuesen dos,
Podría cambiar tu suerte.
¡Jesús, qué lance tan fuerte!
Mira que es para temblar,
Que remedio no has de hallar
Ni en el cielo ni en la tierra;
Si solo una vez se yerra,
¡Ay que terrible penar!

Mira que has perdido el juicio,
Pues de tí propio homicida,
Te vas quitando la vida
Con uno y con otro vicio:
Porque del loco artificio
Temporalmente te ves
Lleno y de humano interés,
Ahora estás muy ufano;
Pero repara, cristiano,
Esto es *ahora* ¿y *después*?

Este *después* considera,
Que este *ahora* ha de faltar,
Y el *después* ha de durar
Eternamente a cualquiera:
Este *después* que te espera,
Es el que cuidado da,
Que este *ahora* claro está
Que es ligero movimiento
Nacido de un corto aliento,
Que cuando viene, se va.

Dispon tu cuenta ajustada,
Que aún así cuando enfermares
Del tiempo que allí encontrases,
Aun no ha de sobrarte nada,
Mira que de esta jornada
No se ha de volver jamás;
Mira el paraje en que estás,
Que es cosa para aturdir,
El saber que has de partir
Sin saber a donde vas.